

persona á cuyo enaltecimiento se dedica, está dicho todo cuanto en su favor pueda decirse.

Desde luego se echa de ver, el cariño y la admiración que por su maestro sentía el joven alumno, cuya primera visita hecha á su profesor, describe y en la cual se descubre en Letamendi un genio y un corazón á cual más grande.

Con deseos manifiestos de presentar de cuerpo entero el retrato de su insigne maestro, no se contenta el Dr. Serra, ni mucho menos, con su propia apreciación, sino que por el contrario ha buscado y coleccionado con afición y cariño acendradísimo, cuantos datos y episodios de su vida se han ido publicando á raíz del fallecimiento de Letamendi para irlos engarzando, cual perlas preciosas, entre las notas de su propia cosecha.

Principia estudiando los puntos culminantes bajo los cuales puede mirarse la vida de Letamendi, describiendo sus aficiones variadísimas, entre las cuales descollaba en primer término la Anatomía, alrededor de la cual las demás giraban como satélites, hasta el punto de afirmar algunas veces, que "en el ramo de la Anatomía no le faltaba desempeñar más cargo que el de cadáver."

De sus artículos, memorias, folletos y demás producciones científicas, no pudiendo hacer un catálogo completo, por ser numerosísimas, cita tan solo las más principales, copiando algunos de sus aforismos médicos hechos en estilo festivo pero de gran trascendencia y envolviendo todos ellos una idea de profunda filosofía práctica.

Copia también su *Proclama cursi*, poesía festiva, que leyó al inaugurar las que llamaba *Tertulias médicas de secano*, en las cuales reunía lo más selecto entre los médicos de la corte, y su soneto catalán titulado *Lo sobrevivent*.

Termina el Dr. Serra su brillante biografía, citando los pareceres de distinguidos médicos que con las simpatías de Letamendi se honraban, y que concuerdan en la apreciación, que todos ellos hacen de las condiciones, que se reunían en el sabio maestro.

Nada diremos de los apuntes sacados de las explicaciones del Dr. Letamendi, durante el curso de 1867-68, en las cuales se ve brillar frecuentemente la viva llama del genio, por ser sus lecciones de sobras conocidas y por todos juzgadas.

V.—En manera alguna han quedado defraudadas las ilusiones de los que esperaban que el XII Congreso Internacional de Medicina sería motivo de la publicación de trabajos de verdadera importancia médica. Sea muestra de lo dicho el discurso notabilísimo, que el Dr. D. Bartolomé Robert leyó, en la segunda asamblea general celebrada en el Teatro Imperial de Moscou.

Huyendo de puntos demasiado concretos que se avenían mal con la índole de aquellas sesiones, y condensando el asunto en un espacio bastante limitado, ha sabido presentar el Dr. Robert un